

UN PODER INCONTROLABLE
UN PASADO INELUDIBLE
UNA LUCHA SIN CUARTEL

UNA SOMBRA LATENTE

KATHARYN
BLAIR

FANDOM BOOKS

Título original: *The Beckoning Shadow*

Publicado por primera vez en Estados Unidos por Katherine Tegen Books,
sello editorial de HarperCollins Publishers.

1.ª edición: mayo de 2020

© Del texto: Katharyn Blair, 2019

Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books,
división de HarperCollins Publishers.

© De la ilustración de cubierta: Peter Strain, 2019

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2020

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

Diseño de cubierta: David Curtis

ISBN: 978-84-18027-13-0

Depósito legal: M-6347-2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

KATHARYN
BLAIR

UNA
SOMBRA
LATENTE

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Para mi marido.
Gracias por ser el perro guardián de mis sueños febriles*

UNO

Si me paro a pensarlo, eso siempre ha estado ahí. Algo indebido, algo que he mantenido encerrado en lo más hondo de mi pecho. Sentía su roce en los pulmones cuando tomaba aliento para sumarme a las carcajadas de mi hermana mayor, Carmen, o cuando me preparaba para gritar durante un partido: «Dale duro, vamos, dale duro».

Notaba cómo me envolvía el corazón al ver por el pasillo al chico que me gustaba en ese momento, acelerando sus latidos. Era una maraña de tentaciones, una debilidad fruto de promesas horribles.

Sabía, en el fondo, que había algo raro en mí.

Es una bonita manera de empezar una historia, ¿verdad? Me sitúa justo donde quiero estar, como la persona a la que le sucedió todo esto. La persona que sufre. La que tiene miedo.

Pero esa no es toda la verdad.

En mi interior habita un miedo, pero no como tú te piensas.

Antes, mi vida tenía una dosis de miedo normal y corriente. Cuando el ocaso dejaba paso a la noche, mi madre alargaba un brazo y me cogía de la mano en el aparcamiento. Había algo en la caída de la tarde, en el zumbido de las farolas, que le provocaba un no sé qué. Uno de esos miedos que se transmiten, que se heredan.

Pero yo dejé atrás ese miedo, junto con todo lo demás, la noche que destrocé a mi familia y me escapé. Me escondí en el

destartalado baño de la estación de autobuses, allí me corté el pelo con la navaja que mi padre me dio cuando se acabó el horario de verano y empecé a salir de los entrenamientos con las animadoras cuando ya había oscurecido. Temblando y cubierta de ceniza, traté de mudar mi identidad como si fuera una piel, porque sabía que jamás podría regresar. Todo lo que mis padres me habían enseñado a temer ya no me resultaba útil. Así que lo desaprendí.

Después de tantas advertencias, tantos sermones, tantas miradas de soslayo, resulta que lo que más miedo tendría que haberles dado estaba delante de sus narices, desde el principio.

Yo.

Yo era el origen de ese miedo.

DOS

Llevo casi dos años huyendo. He dormido debajo de puentes de autopistas y en iglesias abandonadas. He aprendido a mear en callejones vacíos y a robar aguacates maduros sin que me pillen.

Pero no sé si llegaré a acostumbrarme a los trayectos interestatales en bus. Llevo doce horas en este asiento, delante de un niño de siete años que también lleva doce horas metido en un autobús. Y se está comportando como tal.

Trabajé mucho como canguro en Los Altos. Caigo bien a los niños y en general soy buena persona. Pero como vuelva a patear el respaldo de mi asiento una vez más, voy a descargar toda mi ira sobre él, voy a hacer trizas su cordura y a conseguir que se replantee todas las decisiones que ha tomado en su corta vida. También podría cambiarme de sitio, pero me mareo si no me siento junto a la ventanilla.

Inspiro hondo, apoyo la cabeza en el cristal y cierro los ojos. Me dirijo al sur. Si me quedara hasta el final de línea, acabaría llegando de vuelta a Los Altos. Mi hogar.

Me paso la lengua entre los dientes delanteros y me muerdo la punta hasta hacerme daño, mientras golpeo la base de plástico del asiento con el talón de goma de mis Converse. Ya sé que es una estupidez, pero leí un artículo sobre condicionamiento operante en la sala de espera del dentista. Si me muerdo la lengua con todas mis fuerzas cada vez que añoro ese hogar al que no puedo volver, es posible que empiece a asociar la morriña con el

dolor. La mujer del artículo dejó de fumar a base de golpearse la muñeca con una goma elástica, así que viene a ser el mismo principio.

Y no, de momento no ha funcionado. Solo he conseguido hacerme llagas en la lengua.

Nos detenemos para recoger a una nueva tanda de pasajeros antes de reanudar la marcha hacia nuestro destino final.

Me pongo a mirar por la ventanilla para no pensar en nada más. Al menos, las vistas son bonitas. Y ya casi hemos llegado. Solo tengo que atravesar San Francisco para llegar a Paynes Creek, una pequeña comunidad agrícola. Tienen una vacante en la fábrica de empaquetado de almendras. El lugar perfecto para cubrirme la cabeza con un gorro y pasar desapercibida. No soy tan tonta como para creer que las recientes noticias sobre sucesos extraños relacionados con los anómalos —rumores que se diseminan por medio de publicaciones efímeras en redes sociales— no habrán llegado a los pequeños pueblos agrícolas. Lo que espero es que estén demasiado ocupados como para indagar en ello.

La niebla ha empezado a deslizarse sobre las colinas como si fueran los tentáculos del océano, que trata de sentir el roce de la ciudad. Me saco un chicle del bolsillo de la sudadera y me lo meto en la boca. Si cierro los ojos, casi puedo fingir que estoy en la parte trasera del bus con Lindsay y Jenna, de camino a los campeonatos regionales, por ejemplo. Hannah estaría haciendo estiramientos sobre el asiento delantero. Amira, la entrenadora, estaría bromeando con Phoenix, nuestro conductor. Pero esa vida ya no existe. Cada día que paso alejada de ella, me resulta más fácil relegarla a esa parte de mi ser que mantengo recluida tras una puerta acorazada.

Alguien se sienta de golpe en el asiento de al lado y me sobresalta. Es un chico que no está nada mal. Pero me sonrío de esa forma que siempre antecede a una conversación, y yo no estoy aquí para hacer amigos. Vuelvo a mirar por la ventanilla, esperando que capte la indirecta.

Paso de mirarlo. No debería haberme comido el último chicle. El aliento que he ido acumulando después de doce horas a base de café de gasolinera y patatas fritas con sabor a queso azul sin duda habría bastado para reprimir cualquier conversación.

Saco una revista del bolsillo del asiento que tengo delante. Es una publicación empresarial relativa a la zona de la bahía. En otras circunstancias, jamás habría leído algo así. Pero es una distracción y, de repente, parece como si estas páginas satinadas se hubieran convertido en mi posesión más valiosa. En la portada aparece un tipo posando delante de una inmensa estructura cubierta de andamios. Es atractivo y entrado en años, como recién salido de uno de esos absurdos anuncios de perfume. Esos en los que un modelo canoso que está tomando el sol en una lancha motora se ve seducido por una sirena. Y tú te quedas en plan: ¿qué querrá decir este anuncio? Y entonces te muestran un frasco y tú te preguntas qué tendrá que ver eso con montárselo con una sirena en alta mar, pero aun así te quedas con ganas de saber cómo huele. Me refiero a un anuncio de ese tipo. Paseo la mirada por la página. El titular dice: «Ananias Ventra: el magnate inmobiliario rompe las reglas para establecer las suyas».

Miro fijamente el texto, creyendo que, si alzo la cabeza, el tipo de al lado no...

—¿Adónde te diriges? —me pregunta.

—Más al sur.

Tres sílabas. Pienso en ellas como en un sustitutivo de la otra frase de tres sílabas que me gustaría pronunciar, pero parece como si acabara de arrojarle miguitas de pan a una paloma hambrienta. Aquí viene otra vez, buscando más.

—¿Tienes familia ahí? —me pregunta, acercándose un poco mientras dos personas se apretujan para pasar junto a él por el estrecho pasillo.

Un tipo se sienta detrás de nosotros. Una mujer con una sudadera en la que pone «Resiste» se dirige hacia el fondo del bus. Los escruto con la mirada, como si pudiera adivinar sus secretos. Ya es una costumbre. En una ocasión, leí que existe un cierto

tipo de anómalo con unos iris extraños que se pueden ver bajo cierto tipo de luz. En estos dos años, no he visto ninguno. Puede que solo se trate de una leyenda urbana.

Aunque, para ser justos, hasta hace dos años pensaba que muchas cosas eran una leyenda urbana.

Miro por la ventanilla, confiando en que el tipo del asiento de al lado capte que no me apetece hablar. Me concentro en un letrero junto a la carretera que dice: «San Francisco, 29 kilómetros». Está envuelto en niebla y tiene una pintada que conozco bien en la esquina inferior izquierda.

Por más veces que la haya visto, siempre me deja paralizada. Es una flor morada envuelta en llamas: un acónito venenoso.

Quienes no son como yo no se paran a mirarla. Para ellos no tiene ningún interés.

Pero se trata de una tarjeta de visita que cada vez está más extendida. En señales de tráfico. Parachoques. Marquesinas. Baños públicos. Los comunes —los humanos corrientes— no saben lo que es.

Ellos no conocen el miedo a despertarse y encontrar una flor de acónito clavada en su puerta. Ese miedo es exclusivo de los anómalos. Ese miedo es uno de los muchos motivos por los que tuve que huir de casa. Esa pintada fue concebida para enviar un mensaje: «Las cosas están cambiando». Pero yo no pienso poner la mano en el fuego por ello. He oído rumores de que los disidentes están asentados en San Francisco, que es precisamente el motivo por el que no pienso parar allí.

Arremeto la revista en el bolsillo y me recuesto en mi asiento.

No sé mucho sobre los inquietantes entresijos del mundo anómalo. Pero sí sé que los centinelas no desaparecen sin más. Siento un nudo en el estómago mientras ese nombre reverbera entre mis pensamientos: «centinelas». Ya solo oír cómo resuena en mi mente me hace estremecer.

El bus sigue avanzando y el letrero con la pintada desaparece de mi vista, mientras advierto que mi compañero de asiento aún

sigue hablando. Ay, Dios, no se calla ni bajo el agua. Pero se ha producido un cambio positivo. El niño de las pataditas se ha cambiado de asiento, en la fila de atrás, y ahora está incordiando al otro.

—... Así que pensé en venir a San Fran para echar una mano, ya que, bueno, él me ayudó mucho en mi laboratorio. Muchos pensarán que no era problema mío, pero yo les digo que me pareció lo correcto. Por cierto, me llamo Kolby.

Mi compañero de asiento hace una pausa y me mira, sonriendo. La pelota está en mi tejado. La paloma hambrienta está mendigando más miguitas de pan. Me cubro un poco más la cabeza con la capucha de la sudadera —la misma que conseguí con mi equipo de animadoras en los campeonatos estatales, antes de mi fuga— y rezo para que no pueda leer el nombre bordado en el bolsillo que taché con un rotulador permanente. Pone «Vesper», escrito con letras de colorines. Unos mechones grasos de cabello rubio se desprenden del maltrecho moño que me hice hace un rato, y he detectado al menos tres granitos nuevos sobre mi frente mugrienta.

Puede que el hecho de haber arruinado mi vida y huido sin mirar atrás tenga su parte buena. Porque la modosita Vesper de hace dos años —la misma que se ponía lazos los días de partido, cuya mayor preocupación era mantenerse en pie durante el camino de vuelta, a pesar del cansancio— se habría sentido obligada a hablar con Kolby.

Una Vesper amable, educada. Pero esa chica ya no existe. Larga vida a la Vesper que pasa de todo y tiene el pelo graso.

—Oye, me parece muy bien que estés entusiasmado. Pero no estoy de humor para hablar.

Mi intención es que se sienta un poco cortado. Ofendido, incluso. Pero el tío sonrío. ¡Sonríe! Como si le hubiera dicho un piropo.

Y en ese momento siento un hormiguelo en los dedos, como una descarga eléctrica alrededor de los huesos. Se parece a cuando se te duermen las manos, aunque no es eso. Conozco esta

sensación. Es una sensación peligrosa, ávida, una que trato de contener con todas mis fuerzas. Aprieto los puños y miro por la ventanilla.

—No hace falta que digas nada. Lo entiendo. Pero si necesitas hablar, cuenta conmigo. Me especialicé en estudios de la mujer en la universidad, así que sé...

Kolby se zarandea hacia el frente cuando el niño le arrea una patada al respaldo de su asiento. Se golpea la frente contra el asiento delantero. La sonrisa desaparece de su rostro de un plumazo. Giro la cabeza para mirar al niño que, hasta hace apenas una hora, me había hecho la vida imposible. En este momento, es mi mejor aliado en todo el mundo. El crío pateó mi asiento varias veces, pero nunca tan fuerte. Me dedica una sonrisa cómplice. No puedo evitar devolverle el gesto.

Pese al zumbido que sigue extendiéndose por mi mano, como si tuviera una abeja apresada bajo la piel. Pese a que me recuerda que, si estalla una guerra entre anómalos y comunes, entre humanos con poderes mágicos y humanos sin ellos...

Yo estoy en el bando equivocado.

TRES

Cuando llegamos a la estación, ya ha oscurecido, la niebla es tan densa que apenas puedo ver nada al otro lado del cristal de la ventanilla. Kolby intentó entablar conversación un par de veces más durante el trayecto, pero acabó captando la indirecta. Y por indirecta me refiero a que le estornudé en el café. Estoy deseando que se baje del bus. Así podré estirarme y tratar de conciliar el sueño.

—¡Última parada de la noche! —exclama el fornido conductor mientras se levanta.

No. No es posible.

—¡Se suponía que íbamos a llegar a Stockton esta noche! —protesto.

El conductor me mira con cara de cansancio.

—Se suponía. Pero es imposible. Las carreteras están inundadas. Saldremos mañana a primera hora.

No puedo parar aquí. Cualquier sitio menos San Francisco.

—¿Necesitas un lugar donde quedarte? —me pregunta Kolby mientras salgo a la gélida noche.

Paso de responder y aprieto el paso hacia la estación. Tal vez pueda conseguir un billete hacia otra ciudad.

«CERRADO», dice la ventanilla en letras mayúsculas, como si se estuviera burlando de mi mala suerte a grito pelado.

Se me encoge el corazón mientras me asalta una maraña de pensamientos. «Cálmate. Piensa».

Me apoyo en la pared, observando a los demás pasajeros, que recogen su equipaje y se dirigen hacia la calle a esperar a que les vengan a recoger. Me cobijo todo lo posible entre las sombras. Activo la luz del reloj cutre de Marvel que Jack me regaló en plan de coña por mi cumpleaños. Me informa de que son casi las diez. Suspiro. Pasar la noche al raso no era lo que tenía planeado para hoy, pero parece que no tengo elección. Tenso las correas de mi mochila y me pongo en marcha. Busco una iglesia o una estación de tren, algún lugar donde pueda resguardarme hasta que amanezca.

Camino, mis zapatillas no emiten ningún sonido mientras paso junto a un mural gigantesco de la Virgen María, pintada de color fucsia y rosa chillón. Me detengo, cautivada por la imagen y por ese colorido que parece relucir en la oscuridad. Siempre he oído decir que San Francisco era una ciudad vibrante, pero no me esperaba algo así. Debería agachar la cabeza y proseguir la marcha, pero este lugar tiene una energía que me insta a contemplarlo. Hay filas y filas de casas de estilo victoriano, pintadas con diferentes tonalidades de azul. Dejo atrás un colmado con jardineras doradas repletas de peonías y cilantro fresco. Paso bajo una salida de incendios de color verde lima y me detengo ante los maullidos de un gato naranja al que le falta un trozo de oreja, que alarga una patita hacia mí, a través de la verja. Sonriendo, me detengo un instante para chocar los cinco con él. Los cables de los tranvías crepitan, cargados de electricidad. Durante un rato, parece como si la certeza sobre lo que soy y lo que he hecho pasara a un segundo plano, impulsada por el olor a masa fermentada y brisa marina, tan intenso que casi puedo paladear la bahía con la lengua.

Un ruido me devuelve de golpe a la realidad. Me giro a toda prisa. La luz de las farolas forma unos halos borrosos entre la bruma.

«Es una ciudad. Las ciudades están repletas de ruidos».

Me doy la vuelta y aprieto aún más el paso, confiando en que nadie haya visto el respingo que he pegado ante lo que segu-

ramente solo fuera un gato. Entonces lo oigo de nuevo. El ruido se corresponde con unas pisadas que apenas rozan ligeramente el hormigón. Resuenan detrás de mí, cada vez más cerca.

Me giro una vez más, el miedo se extiende tan deprisa por mis venas que oigo cómo retumban en mis oídos los sofocados latidos de mi corazón.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto. Me tiembla la voz, pero me obligo a serenar mi respiración.

«No son ellos. No son ellos. No son ellos».

«Los centinelas han desaparecido. Todo ha cambiado. No tienes por qué tener miedo».

«Respira».

Tengo que calmarme, pero no puedo dejar de pensar que ahora mismo soy el típico personaje que la palma primero en una peli de miedo. La cámara se acerca a toda velocidad por detrás de mí hasta que me giro y veo a un animalillo emergiendo de una sombra. Entonces suspiro aliviada y, cuando me doy la vuelta, veo a un asesino enmascarado con un taladro eléctrico. Más tarde, alguien encontrará mi cadáver medio devorado bajo el puente Golden Gate, arrastrado por la corriente. Y eso en el mejor de los casos. Porque, si se trata de los centinelas, olvídate de que aparezca mi cuerpo.

«Nadie ha vuelto a ver a los centinelas desde hace casi dos años», me recuerdo.

Me sobresalto al oír un ruido y me doy la vuelta. Un gato gris sale corriendo de detrás de un contenedor. Pego un respingo, conteniendo un grito. Vale, solo era un gato. Ahora voy a darme la vuelta y...

Me giro. No hay ningún enmascarado. Ningún taladro eléctrico.

Creo que he exagerado un pelín.

Estoy en un lugar desconocido. Todo me resulta nuevo. Es normal que me sienta un poco rara, ¿no?

Pero entonces vuelvo a oír el ruido. Alzo la cabeza y veo algo... Una silueta apenas visible, captada por el contorno del

resplandor de una farola. Juraría que he visto algo. A alguien. No sé si habrán sido imaginaciones mías, pero no pienso quedarme a averiguarlo. Me voy echando leches, sin un rumbo marcado.

Casi no veo nada entre tanta niebla, pero distingo las luces de un pequeño edificio de color lavanda al otro lado de la calle. Aloàs Café. Parece el único sitio que sigue abierto.

Abro la puerta de golpe, el tintineo alegre de la campanita contrasta seriamente con el espanto que me embarga.

Me quedo inmóvil, jadeando, envuelta en un aire ardiente y sofocante. Hay dos hípsters sentados a una mesa al fondo del local, con lo que parecen siete dispositivos electrónicos enchufados a una pared pintada de color berenjena, y un tipo con una sudadera leyendo un libro junto a la ventana. Entro, mis Converse rechinan sobre el arañado suelo de madera. La campanita tintinea una vez más cuando cierro la puerta y avanzo arrastrando los pies hacia una mesa cercana al ventanal delantero. Está encajada en una esquina, bajo un cartel de la película *La comunidad del anillo*. Desde aquí puedo otear la calle sin que me vean. Miro a través del cristal, pero no veo más que remolinos de niebla entre la oscuridad. El chaval que está sentado al otro lado del local levanta la cabeza del libro. Lleva un gorro de lana negro y una sudadera gris. Tiene una ceja cubierta por una tiritita. Incluso desde esta distancia, puedo ver el moratón que asoma por debajo. También tiene una costra en el labio inferior. El chico coge su taza de papel y da un sorbo. Parece diminuta en comparación con sus manazas, que también están cubiertas de vendajes.

Lo que faltaba. No podría tener más pinta de asesino en serie.

Vuelvo a mirar por el ventanal, creyendo que la silueta de antes aparecerá de un momento a otro. No hay nadie, pero ver la calle tan vacía me parece más una amenaza que un alivio. Sé que alguien me estaba observando. Alguien capaz de escalar edificios.

Me sobresalto de nuevo cuando una voz masculina interrumpe mis pensamientos:

—¿Café? —pregunta el camarero, sosteniendo en alto la mano que tiene libre al ver mi cara de susto.

Es mayor que yo, está calvo y tiene unos tatuajes descoloridos a ambos lados de la cabeza. En cada oreja lleva al menos tres *piercings* y tiene la mitad inferior del rostro cubierta por una espesa barba pelirroja. En su chapa identificativa pone «Gabe».

Trago saliva con fuerza mientras niego con la cabeza. Tengo algo de dinero ahorrado, pero tengo que administrarlo bien.

—Lo siento. Me iré enseguida, ¿vale?

El camarero me observa un instante antes de rellenar la taza descascarillada que hay en el borde de mi mesa. Después, me la acerca.

—Yo, eh... —comienzo a decir, pero Gabe niega con la cabeza.

—Cerramos dentro de dos horas y me iba a tocar tirar este café. Me estás haciendo un favor.

Alzo la cabeza y nuestras miradas se cruzan brevemente. La amabilidad casi siempre tiene un precio, sobre todo cuando eres mujer. He aprendido a no aceptar favores, aunque eso tampoco me ha librado de atraer atenciones indeseadas. Pero Gabe no me está guiñando el ojo disimuladamente, como si esto fuera una peli porno. De hecho, está mirando por la ventana, como si supiera que estoy asustada de algo que acecha al amparo de las sombras.

—Gracias —susurro.

Gabe asiente con la cabeza y se acerca a los hípsters. Rodeo la taza con mis dedos helados y gimo ligeramente al sentir la punzada del calor en la piel a través de la superficie de cerámica. Por un instante, recuerdo cuando me metí en la bañera caliente de Ashtyn en la fiesta de pijamas de Nochevieja.

Me muerdo la lengua. Ahora no.

Hace meses que no lloro por esto. Y, aunque quisiera, no creo que pudiera hacerlo. El dolor está tan enterrado en mi pecho que tendría que zambullirme a fondo para alcanzarlo. Y no creo que pudiera encontrarlo con una sola bocanada. Es como si no existiera. Y mejor así.

Me quito la mochila y me apresuro a abrirla, como si llevara dentro algo peligroso que fuera a agredirme de repente.

Observo el sobre por el que pagué el equivalente a casi tres meses de sueldo durante mi estancia en Seattle. Ese sobre que aún no me he atrevido a abrir. Tomo aliento, lo justo para recordar que soy una cobarde y que no he podido cumplir lo que tenía planeado cuando lo compré. Llevo quince meses fuera de casa. Pensé que el paso del tiempo me haría más valiente, pero ha sido al contrario.

Han pasado doce meses desde que vi el último cartel de «Desaparecida» con mi foto en él. Nueve desde que vi mi rostro en las noticias. «Una joven de la zona desaparece tras un grave incendio», decía el titular, acompañado por una foto que mi madre sacó en Manhattan Beach, esa en la que llevo puesto un top con los hombros descubiertos, así que parece que estoy desnuda. Torcí el morro al verla, porque seguro que mi madre no reparó en ese detalle cuando se la entregó a los policías. Por un momento, me imagino chinchándola por su descuido, en compañía de Carmen. Y entonces la realidad se me viene encima, con tanta fuerza como para abollar el suelo que piso.

Jamás podré volver a reírme con ellas. No después de lo que hice.

El recuerdo de los chillidos trae consigo un hedor a madera chamuscada que hace que el miedo que me producen los centinelas resulte casi risible en comparación.

Yo sabía que lo que hice suponía una condena a muerte segura por parte de los centinelas. Sinceramente, esperaba que ejecutaran la sentencia de un momento a otro. Contaba con ver una acusadora flor de acónito clavada en la puerta principal. Durante los meses previos a mi huida, me levantaba temprano a comprobarlo, para que mi madre no se la encontrara primero cuando se fuera a trabajar.

Solo era una cuestión de tiempo antes de que la cagara y perdiera el control. Pero jamás me imaginé, ni en mis peores pesadillas, que el resultado llegaría a ser tan devastador.

Me muerdo la lengua tan fuerte que noto un regusto metálico.

No sé cuánto tiempo paso aquí sentada, bebiendo sorbos de café mientras contemplo la niebla que se arremolina sobre el cristal. Un buen rato, supongo, porque los hípsters recogen sus cosas y se marchan. Gabe se acerca y me rellena el café. Murmuro un agradecimiento y él asiente con la cabeza antes de regresar a su puesto, detrás de la barra.

Observo a don Nudillos Sangrientos mientras lee. Se desliza el pulgar por el labio inferior y me doy cuenta de que no puedo dejar de mirarlo. A pesar de las magulladuras, en el fondo es bastante...

Una sensación largo tiempo olvidada se asienta en mi estómago. Iba a decir que es «mono», pero me contengo, porque lo último que necesita una fugitiva como yo es encapricharse de alguien.

Cuando aún vivía en casa, estuve saliendo con un chico un par de meses. Nathan Pérez. Futbolista, tío bueno, pésimo besucón. Rompimos antes de empezar bachillerato. Él lloró. Yo no. Desde entonces, me he enrollado con unos cuantos chicos, pero ninguno desde que me fui de casa. Mis ojos vuelven a posarse sobre los labios de don Nudillos Sangrientos.

Buf, no puedo parar de mirarlo.

«No me mires. No me mires, no...».

Ups. Me ha mirado.

Nos sostenemos la mirada. Me pongo seria, pasando del «Acabo de entrar aquí huyendo de la niebla» al «Como te acerques demasiado, te corto el pescuezo» en apenas diez segundos. Otro truquillo que he aprendido durante el año que llevo viajando sola.

El chico enarca una ceja magullada y luego sonrío. Como si mi ensayado gesto de amenaza le resultara intrigante.

—¿Qué? —inquiero, porque la mejor defensa es un buen ataque, ¿no?

El chico vuelve a mirarme, con un gesto de sorpresa. Hace la pantomima de mirar detrás de él y luego vuelve a mirarme a mí, con expresión irónica.

—Nada —responde.

Vuelvo a coger la taza de café, pero derramo un poco por el borde mientras me la acerco a los labios. Mierda.

Lo miro otra vez, esperando que no se haya dado cuenta. Pero sí se ha pisado. Juraría que lo he visto sonreír mientras agachaba la cabeza hacia la libreta Moleskine que tiene en la mesa. Me pregunto qué estará escribiendo. «Querido diario, las mujeres siguen derramando líquidos en mi presencia».

—Ay —mascullo, porque el café aún estaba caliente.

Esta no es mi noche. Ni mi año. Ni mi vida. Estoy a punto de levantarme y de jugármela con la escalofriante niebla de ahí fuera cuando alguien deja una servilleta sobre la mesa. Cuando levanto la cabeza, veo a don Nudillos Sangrientos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —respondo, encogiéndome por acto reflejo cuando se sienta frente a mí.

—Le tengo dicho a Gabe que no lo sirva tan caliente —dice, alargando una mano.

Me quedo inmóvil. No esperará que le pida ayuda, ¿verdad?

—Estoy bien —repito, con un tono que viene a decir: «Haz el favor de largarte». Es otro truco que he aprendido durante mi huida.

Don Nudillos Sangrientos pone los ojos en blanco.

—No te pienses nada raro. Trabajé como técnico en emergencias durante un año. Solo quería comprobar que estabas bien.

—Y yo soy la propietaria de esta mano desde hace diecisiete años, así que sé que está bien.

El chico se levanta.

—De acuerdo. Sé captar una indirecta. Si cambias de idea, hay paquetes de hielo en el congelador del fondo.

—No necesito tu ayuda. Tampoco necesitaba el café gratis. No soy una vagabunda indefensa, ¿vale? Sé cuidarme sola.

Don Nudillos Sangrientos levanta las manos en son de paz.

—Nadie ha dicho lo contrario.

Intenta cruzar una mirada conmigo, percibo una pregunta incipiente en sus ojos. Me está haciendo sentir incómoda, como si pudiera ver los secretos que intento mantener ocultos. De cerca, ya no tiene tanta pinta de asesino. Parece un buen tío, como una especie de Capitán América. Pero me quedo inmóvil. Estoy a punto de decir algo más cuando oímos un golpetazo, seguido de un traqueteo metálico procedente de la cocina, como si se hubieran caído varios utensilios al suelo.

Don Nudillos Sangrientos se queda inmóvil, aguzando el oído. Yo lo imito. Ese ruido no me ha gustado un pelo. Y entonces...

Clic.

Sé que en realidad el chasquido no es tan fuerte. Es imposible que sea tan sonoro como para retumbar en mi cabeza de ese modo, pero puede que las pistolas siempre suenen así al amartillarse: como una dentellada, ávida por tomar decisiones que no deberían quedar en manos de ningún ser humano. Un ruido así no puede ser suave, por más que lo intente.

—Quietos —amenaza alguien desde la cocina.

Lo veo a través del ventanuco del cocinero: es un tipo con unos guantes grises y negros. Empuña un pequeño revólver en la mano derecha. No nos ha visto... aún.

En un abrir y cerrar de ojos, don Nudillos Sangrientos cruza la estancia. No hace ningún ruido. Yo también me muevo, pero él se acerca un dedo a los labios.

«Agáchate», articula con los labios. Me quedo quieta un instante, después me agacho al lado de una mesa.

El chico se acerca un poco más hacia la cocina, hacia el pistolero. Después se gira para mirarme.

—Quédate ahí —me dice, con un susurro entrecortado. Avanza agachado hacia la barra, después se acerca velozmente hasta la cocina.

Sé que debería largarme corriendo de aquí, aun a riesgo de llamar la atención con el sonido de la campanita de la puerta. En el mejor de los casos, la policía se presentará en el local... y no puedo permitir que me vean. No creo que la noticia de mi desaparición

haya llegado tan al norte, teniendo en cuenta la cantidad de chicos de mi edad que desaparecen..., pero prefiero no arriesgarme.

Se oye otro golpetazo. El pistolero ha golpeado a Gabe, que está herido. Y si don Nudillos Sangriento intenta hacerse el héroe, conseguirá que lo maten. Ya he visto suficientes heridos. No puedo largarme sin más, aunque sé que sería lo más sensato.

Avanzo lentamente.

Don Nudillos Sangrientos se da la vuelta; el gesto de preocupación desaparece de su rostro, reemplazado por uno de fastidio.

Ondea una mano para que me vaya. «Corre», articula con los labios.

Ya me está tocando las narices. Puede que él sea tan grande como una secuoya en miniatura, pero no creo que tenga más de diecinueve años, a lo sumo. Y yo ya no acepto órdenes de nadie.

Sin darme cuenta, me he situado justo detrás de él, alineada con la barra. El pistolero está mascullando algo en la cocina, pero no veo una segunda silueta. O bien está hablando con Gabe o bien está soltando improperios a través del móvil.

Don Nudillos Sangrientos pega un respingo al advertir mi presencia.

—¿Tú? —exclama con incredulidad—. Te dije que te fueras.

—¿Tienes un móvil? —replico, susurrando.

Él niega con la cabeza y me mira con el ceño fruncido. Yo le devuelvo el gesto, con cara de pocos amigos. Don Nudillos Sangrientos abre la boca para decir algo, pero yo me acerco un dedo a los labios cuando el pistolero deja de hablar.

Aprieto los puños a ambos lados del cuerpo. Un zumbido sordo resuena por la base interior de mi cráneo, me palpitan las manos.

—Último aviso. Vete. No quiero hacerme responsable de ti —dice don Nudillos Sangrientos, pero yo paso de él mientras me observo las manos, sintiendo cómo se acumula el poder bajo mi piel.

El chico se acerca a la puerta de la cocina. Se asoma al interior. Yo me quedo paralizada.

«Levántate. Haz algo», me digo.

«Haz algo. Haz algo».

Otra voz me responde desde el interior de mi cabeza: «Eres incapaz de controlar tu poder. Podrías empeorar las cosas».

¿Y quién dice que lo necesite? No me hace falta recurrir a mi maldición. La gente se pasa la vida ayudando a los demás sin necesidad de tener poderes estrafalarios.

Me obligo a incorporarme. Me obligo a moverme, a pesar de que el miedo se empeña en agarrotarme los músculos para inmovilizarme.

Avanzo dando tumbos hacia la puerta, sin ser consciente de que mis pies se están moviendo, hasta que me encuentro ante la puerta de la cocina. Gabe está en el suelo, aturdido, apoyándose una mano en la cabeza ensangrentada. Don Nudillos Sangrientos tiene al intruso contra la pared, con un brazo inmovilizado por detrás de la espalda.

Me deslizo sobre el suelo, agarro un paño de cocina para colocarlo sobre la frente ensangrentada de Gabe.

—Te pondrás bien —susurro, aunque está tan pálido como un fantasma.

Retiro el paño. Tiene un corte profundo, pero se curará si va a un hospital. Me agarra de la mano —la suya está temblando— y me la estrecha. Tiene los ojos desorbitados y la mirada perdida, hasta que se concentra en un punto situado por encima de mi hombro, como si quisiera alertarnos de algo.

—Sam —susurra Gabe y después se desmaya, quedándose inmóvil sobre la puerta del congelador.

Me giro para mirar a don Nudillos Sangrientos. Sam. Se llama Sam.

El intruso echa la cabeza hacia atrás, golpea a Sam en la cara y lo desequilibra. Después se da la vuelta, agarra su pistola y apunta a Sam al pecho a bocajarro.

Cuando abro la boca para gritar, noto algo que emerge de mis palmas. Antes de que pueda contenerlo, serpentea por la estancia y se aferra al pecho del intruso. Un rumor inunda mi

mente, un amasijo de pensamientos entremezclados. Oigo voces, atisbo rostros. Veo una escena submarina, en medio de un océano picado, escucho el bramido de las olas. Entonces, aquello que he liberado se repliega, como un calambre muscular. Abro los ojos de golpe mientras mi magia pega un tirón que hace tambalearse al intruso, como si alguien le hubiera empujado por detrás.

Siento un nudo en el estómago cuando me doy cuenta de lo que he hecho. Todavía estoy aferrada al pecho del intruso; mi magia nos sigue vinculando mientras el sonido de las olas resuena con más intensidad en el fondo de mi mente.

—¿Qué coño ha sido eso? —exclama el pistolero, bajando el arma para mirar detrás de él, como si esperase encontrar a alguien.

Su rostro es el vivo retrato del miedo. Me incorporo a duras penas. El intruso clava sus ojos enrojecidos sobre mí, como si acabara de reparar en mi presencia. Un mechón de pelo rubio de bote se desploma sobre su rostro, una fina capa de barba incipiente bordea su tembloroso labio superior. Si pudiera pensar con claridad, es posible que sintiera lástima por él.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunto al intruso.

Sus ojos se posan sobre mí un instante, antes de volver a otear la habitación a toda velocidad. No me ha oído.

—Corre —susurro, mirando a Sam.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquire.

Sé que ha percibido el gesto de terror en mis ojos, porque avanza un paso hacia mí.

—Coge a Gabe y largaos —le ruego.

Intento romper la conexión con el pistolero, pero es inútil. El intruso me apunta al pecho con su arma.

—Nadie va a ir a ninguna parte —exclama.

No, creo que al final no me va a dar ninguna lástima.

La escena submarina se vuelve cada vez más nítida, tira de mí cada vez más, mientras me tiemblan las manos y siento cómo se fortalece la conexión entre nosotros. Noto el sudor que me

corre por la nuca mientras veo cómo flaquea la expresión de rabia del intruso. Sé que está percibiendo lo mismo que yo. Está oyendo las olas... y los gritos.

Escucho el bramido del océano. El tipo amartilla la pistola y apunta a Sam a la cabeza.

—Atrás o le vuelo los sesos a tu novio —dice, pero en realidad tiene la atención puesta en otra parte.

Mira al suelo al oír el correr del agua. Se está acumulando en torno a sus pies, formando un torrente alrededor de sus tobillos, como si fuera un remolino surgido de la nada.

—¿Qué es esto? —inquire con un hilo de voz.

Me quedo mirando el agua, embargada por una emoción extraña. Noto la corriente en mis manos, percibo cada uno de sus movimientos bajo la piel. El pistolero intenta moverse, pero yo alzo las manos, y el remolino que le rodea se eleva hasta su cintura. Las levanto todavía más, concentrándome en el agua. El nivel sube, ya le cubre hasta los hombros, y él grita al ver cómo sus manos se quedan inmovilizadas.

Extiendo los dedos y el agua se pone a girar más deprisa a su alrededor. Una leve esperanza prende en mi pecho: es la primera vez que consigo controlar lo que invoco. Esto es nuevo para mí.

Las palmas de mis manos irradian energía mientras las alzo todavía más.

El agua, espesa e implacable, se agita a su alrededor. Esto es lo que he encontrado en el interior del pistolero: un miedo originado por un recuerdo grabado a fuego en su mente. Un recuerdo de hace diez veranos, cuando una corriente submarina le derribó y lo arrastró dando tumbos hacia la oscuridad. En ese momento creyó que iba a morir, oyendo el bramido del océano, que lo inundaba todo hasta que resultó imposible discernir dónde terminaba el agua y comenzaban sus gritos. La quemazón de la sal en la garganta, el escozor en los ojos. Desde algún rincón de la negrura que copa su miedo, se oye a una mujer que le llama a gritos: «¡Mitch! ¡Mitch! ¡Mi hijo! ¡Se lo ha llevado la corriente! Mitch...».

Mitch. Así es como se llama.

Abro los ojos y estoy de vuelta en la cocina. Miro de soslayo a Sam, que me está observando con un gesto extraño. No tengo tiempo para intentar descifrarlo. Me doy la vuelta otra vez hacia Mitch.

Ahogarse. Tiene miedo de ahogarse.

—No es divertido que alguien juegue con tu vida, ¿verdad, Mitch? —le pregunto, y él pone los ojos como platos.

La magia palpita a través de mi cuerpo, mis músculos se extienden y se contraen bajo el peso de este poder que no había vuelto a utilizar desde mi huida, aunque mi cuerpo recuerda el proceso.

—¿Cómo sabes mi nombre? —farfulla, con el agua al cuello.

Doy un paso y el agua se mueve conmigo, retrocediendo ligeramente. Mis zapatillas rechinan sobre las baldosas mojadas. Le sacaré de aquí junto con el remolino de agua, dejaré que el miedo vuelva a asentarse en su pecho y después cogeré su pistola y lo dejaré al cuidado de Sam hasta que llegue la policía.

Jamás pensé que algún día podría hacer algo bueno con este poder. Que algún día dejaría de ser un peligro. Solo de pensarlo me da vueltas la cabeza, es una sensación de triunfo. Cierro los ojos para concentrarme en el agua.

Esa agua turbia, gélida y furibunda. Esa agua que inunda mi nariz y se introduce en mis pulmones, aferrándolos con fuerza...

De repente, percibo que algo va mal. El vínculo se tensa hasta que se rompe y me hace caer, mientras el bramido ensordecedor del océano se extiende por mi mente. Sin previo aviso, vuelvo a aparecer en sus recuerdos. Estoy sumergida, dando volteretas bajo el agua. Hincó los dedos en la arena, tratando de encontrar asidero para incorporarme. Pero no hay manera. Esto no tiene arreglo. Tiene pinta de que no podré volver a incorporarme nunca.

Caigo de rodillas, el dolor me trae de vuelta al presente, a tiempo de ver cómo el ciclón de agua se colapsa ante mí, arro-

jando a Mitch al suelo. Hay un momento, un instante, en el que creo que todo ha terminado. Pero entonces oigo un estrépito y me doy la vuelta.

Una ola irrumpe a través de la puerta que conduce al comedor, llevándose a Sam por delante y derribando la mesa metálica, que se estampa contra la pared del fondo, bloqueando la puerta trasera. Empieza a entrar agua y la cocina se inunda en cuestión de segundos. Parece como si estuviéramos en un barco que se va a pique; el océano hace trizas nuestro patético navío mientras nos reclama.

Me oigo gritar, pero suena muy lejano. Cierro los ojos con fuerza, intentando recuperar el control, pero es inútil. El terror que se extiende por mi pecho me impide aferrarme a nada. Me estoy ahogando por culpa de este miedo que comparto con Mitch.

Sube el nivel del agua. Mierda, está helada. Sam aparece frente a mí, lleva a Gabe colgando del hombro. Grita algo que no alcanzo a oír. Se acerca.

—¡Tenemos que apartar la mesa de la puerta!

Asiento sin decir nada y nos acercamos vadeando hasta la mesa volcada. Es enorme.

—¡Eh! ¡Tienes que ayudarnos! —le grita Sam a Mitch, pero no le hace caso.

Está paralizado, temblando, mientras observa el agua que entra en tromba por la puerta, como si fuera un monstruo sacado de una pesadilla. Y eso es precisamente lo que es.

Intento contener el miedo, concentrarme en cómo salir de aquí con vida.

—¡Tira a la de tres! —grita Sam—. ¡Uno, dos, tres!

Sam y yo tiramos de la mesa, pero está encajada entre dos estanterías que se yerguen a ambos lados de la puerta.

El agua ya me llega hasta la clavícula, me desequilibra y me deja sin aire en los pulmones.

Sam se recoloca a Gabe sobre el hombro para asegurarse de que permanezca por encima del nivel del agua.

—Déjame probar desde abajo —digo con voz ronca; después, inspiro hondo y me sumerjo.

Abro los ojos, pero la arena arremolinada en la corriente apenas me deja ver nada. Tengo la nariz y la boca inundadas de agua salada. Lógico: a Mitch le da miedo el océano, así que eso es lo que he invocado. Tiro de la pata de la mesa, pero es en vano. Está atorada.

Regreso a la superficie. Ya solo tenemos unos centímetros de margen. Las luces fluorescentes del techo chisporrotean y se apagan, dejándonos sumidos en la oscuridad.

—Tendremos que probar con la otra puerta. Puede que el agua nos deje pasar cuando esta zona se inunde del todo —farfulla Sam.

Pero sé que no va a funcionar. Lo sé porque sigo percibiendo el miedo que palpita en la base de mi pecho, un reflejo de la corriente de agua que irrumpe por la puerta. No se detendrá hasta que yo se lo ordene, pero no soy capaz de hacerlo.

Vamos a morir porque estoy asustada. Porque fui tan tonta como para creer que mi poder podría ser algo más que una maldición.

El agua me llega hasta la boca. Inspiro hondo una vez más, rozo con los labios el revestimiento de espuma del techo y vuelvo a sumergirme.

Me hundo, me dejo llevar hasta el fondo. Estoy tan entumecida por el frío que ya ni siquiera tiemblo. Apoyo la espalda en el suelo, el agua me alborota el pelo alrededor de la cabeza.

Empujo la mesa una vez más, pero no cede.

El bramido del agua me envuelve, resulta casi relajante. El terror se extiende por mi cuerpo en oleadas, oigo los gritos amortiguados de la madre de Mitch, resonando en mi cabeza. Percibo los rescoldos del miedo que nos sigue vinculando.

Esto no tenía que acabar así. No estoy preparada para que acabe así. Me arden los pulmones, grito, unas burbujas escapan de mis labios. Tiro del canto de la mesa con todas mis fuerzas. Nada.

Me quedo quieta. Ya ni siquiera percibo el frío. Eso es una mala señal, ¿no?

Me pregunto si mi familia llegará a enterarse de lo ocurrido. Si tendrán que venir a identificar mi cuerpo. Soy una hija lamentable por obligarles a hacer un viaje tan largo después de haberles partido el corazón. Y, por supuesto, también soy una hija lamentable por otros motivos. Me imagino a mi madre sonriendo desde las gradas durante los partidos. Veo a mi padre al otro lado de una hoguera en la playa. Escucho las carcajadas de Carmen mientras Jack se mete los brazos por las perneras de los calzoncillos y la persigue por la cocina.

Mi corazón se ralentiza. Todo sucede a cámara lenta.

Y, entonces, el fuego que arde en mis entrañas se desvanece. Aún estoy asustada, pero el pánico ya no se aferra tan fuerte a mi espinazo. El efecto solo dura un instante, pero es tiempo suficiente para tomar las riendas del miedo.

Durante unos segundos, soy yo la que me aferro a él, y no al revés.

Alargo el brazo y tiro de la pata de la mesa, que se desencaja. Si el miedo me ha soltado, significa que también ha perdido su asidero en este mundo. Desencajo la mesa y me impulso hacia la puerta. Tiro del cerrojo con todas mis fuerzas. Lo descorro un par de centímetros, pero no es suficiente. El terror se reaviva. Entonces, aparece Sam. Contar con alguien que está de mi parte acalla el miedo que sigue arremolinándose en lo más hondo de mi pecho. El alivio solo dura un instante, pero eso es lo único que necesitamos.

Sam introduce los dedos en la oquedad y tira.

Salimos disparados al amparo de la noche, mientras el agua se disemina por el aparcamiento.

Me estrello contra el asfalto y todo se vuelve negro.

OTROS TÍTULOS DE
FANDOM BOOKS

Los niños de Willesden Lane
Mona Golabek y Lee Cohen

Internamiento
Samira Ahmed

Virtuales
Sarvenaz Tash

Tras las llamas
Will Hill

Reinas geek
Jen Wilde

Estrella de mar
Akemi Dawn Bowman

Like. Azul
Gemma Pasqual i Escrivà

Somos seres alados
Michelle Ruiz Keil

UNA HISTORIA CARGADA DE ACCIÓN SOBRE LO QUE OCURRE CUANDO LAS FUERZAS DEL MIEDO SE ENFRENTAN A LA FORTALEZA DEL AMOR

Vesper Montgomery puede invocar tu peor miedo y convertirlo en realidad, pero prefiere no hacerlo. Ha aprendido, por las malas, que se trata de un poder peligroso y adictivo, difícil de controlar y aún más complicado de entender. Un movimiento en falso y puedes acabar haciendo daño a un ser querido. Por eso, está mucho mejor sola.

Pero un encuentro fortuito pone a Vesper en contacto con otras personas como ella, con habilidades especiales que los diferencian de los comunes. Esto la conduce a una oportunidad única: un puesto en el torneo de la restauración, donde los contendientes luchan por obtener la posibilidad de reescribir el pasado.

«Esta historia de magia, esperanza, muerte, familia y amistad nos invita a asomarnos a un mundo mágico, con una voz narrativa y unos diálogos geniales».

School Library Journal



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es